

El pensamiento infinito en “El libro de arena”. Jorge Luis Borges

Luis Quintana Tejera

Si es posible imaginar un libro infinito como el que da nombre al cuento y al libro del escritor argentino, es también posible pensar en el pensamiento infinito que éste contendría. Nuevamente el fenómeno de la palabra vuelve a estar presente, pero lo hace ahora de una forma misteriosa, ella está encerrada entre las páginas de un volumen que prácticamente no necesita de los vocablos expresivos para existir; se compone de signos extraños no sólo por provenir de otro idioma, sino que además las propias imágenes que allí aparecen únicamente pueden verse una vez debido a la imposibilidad de regresar a la misma página por parte del eventual lector que pretendiera consultar esta obra.

If it is possible to imagine an infinite book like that which is in the title of the story and the book by the Argentine writer, it is also possible to think about the infinite thought that this would contain. Once again the phenomenon of the word is before us, but now in a mysterious way, enclosed within the pages of a volume that almost needs no expressive words in order to exist. It is composed of strange signs not only because they come from another language, but also the very images themselves that appear there can only be seen once due to the impossibility of returning to the same page on the part of the eventual reader that intends to consult the work.

PRESENTACIÓN INICIAL

El cuento se estructura en tres partes claramente diferenciadas en las cuales el narrador, que es también –al igual que en “El otro”– un focalizador interno fijo, interviene para narrar su historia. Consta de una introducción, de un diálogo con el vendedor de biblias y de reflexiones finales en torno a la adquisición del extraño ejemplar.

El título está elaborado con base en una metáfora –“El libro de arena”– figura retórica que tiene como función aludir al carácter imperecedero del libro asociado con el modificador indirecto que lo acompaña –de arena–, expresando así la similitud que existe entre la arena de todos los mares y desiertos del mundo y, el ejemplar tan inauditamente presentado por el vendedor de biblias; por ende, tanto el volumen como la arena son infinitos.

INTRODUCCIÓN

El relato da comienzo con cuatro referencias geométricas sucesivas y encadenadas:

La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes (Borges, 1989).

Al definir la línea, el plano, el volumen y el hipervolumen estas cuatro realidades geométricas están interconectadas. Pero de forma inmediata el narrador considera que el “modo geométrico” no es el mejor para iniciar su relato. Cuando se fundamenta en el libro de arena su condición infinita nos daremos cuenta que estas reflexiones de índole científica no están de más; por el contrario, pueden caracterizar y marcar ciertos límites en relación el extraño ejemplar de este cuento.

En forma inmediata y ubicado el narrador en un plano literario-teórico sostiene: “Afirmar que es verídico es ahora una convención de todo relato fantástico; el mío, sin embargo, es verídico”. (Borges, 1989, 68)

De esta manera el relato tiene dos modos de iniciarse. El primero, de índole matemática que es descartado por el narrador y que no puede ser despreciado a nivel crítico. El segundo, de carácter literario-teórico.

En relación con el primer punto Cristina Bulacio comenta: “En ‘El libro de arena’ toma la propiedad de los puntos de una línea, o de los números reales; en ellos es imposible hablar de puntos consecutivos, no importa cuán cercanos estén entre sí; siempre

encontraríamos que se cuelan infinitos puntos de por medio”. (Bulacio, 2003, 165)

Veamos el segundo. Todo relato fantástico tiene como presupuesto básico fundamental, una especie de convención tradicionalmente impuesta, según la cual cualquier relato fantástico es verídico. Se trata de tener presente aquí el llamado “contrato de veridicción” (Greimas, 1978, 27-36) en el que tácitamente escritor y lector rubrican un contrato según el cual lo narrado arranca de un presupuesto de verdad insoslayable. Creer en esta versión por parte del lector es una condición *sine qua non* para iniciar el contacto con el texto.

El narrador que es también autodiegético, porque su visión del universo personal resulta altamente subjetiva y que se aproxima a la figura del escritor sin ser el escritor, (Barthes, 1966, 20) afirma rotundamente: “El mío, sin embargo, es verídico” (p. 68). Esta aseveración no está expresada en forma irónica, todo lo contrario, tiene como finalidad suscribirse él también al mencionado “contrato de veridicción” e iniciar así la tarea de convencimiento del lector.

La misma autora citada *supra* agrega al respecto: “Cabe destacar el modo como construye sus ficciones; seduce al lector con verdades a medias, con ambigüedades, porque si bien es cierto que va a contar una ficción –para lo cual el lector se prepara–, el contenido de la narración está poblado de datos precisos de la ciencia. He aquí un ejemplo de cómo hace inverosímil lo real”. (Barthes, 1966, 20)

SEGUNDA PARTE. DIÁLOGO

El espacio en que se desarrollarán los hechos es el cuarto piso de la calle Belgrano, lugar en donde vive el protagonista. En el cuento, espacio y tiempo resultan completamente opuestos, porque si al primero corresponde lo cotidiano, lo restringido, lo intrascendente; al segundo le toca la amplia visión del universo que el curioso ejemplar nos proporciona, lo trascendente e inevitablemente importante de éste. El personaje recibe al vendedor de biblias en su departamento y al observarlo nos dice de él:

1. Era un desconocido.
2. Alto y de rasgos desdibujados.
3. Con un aspecto de pobreza decente.
4. Vestía de gris y traía una valija –también gris– en la mano.
5. Era extranjero.
6. Aparenta ser viejo, pero en seguida el protagonista reconoce que ha sido engañado por el escaso pelo rubio, casi blanco a la manera escandinava.
7. La conversación no durará más de una hora.

Estos son los datos que el narrador rescata para el lector. El hecho de que el extraño visitante venda biblias casi da por terminado de inmediato el encuentro al decirle el dueño de casa que él posee varias biblias de invaluable condición cada una de ellas: la primera versión inglesa de John Wiclif, la de Cipriano de Valera, la de Lutero en donde cabe el comentario de que literariamente es la peor, y un ejemplar latino de la Vulgata. Este breve recorrido por la historia de la Biblia como volumen codiciado y altamente representativo no constituye más que un juego, un movimiento lúdico por parte del escritor-personaje a través del cual no pretende demostrar su conocimiento, sino su curiosidad por los ejemplares que hay custodiados en la casa.

Pero después de un silencio el vendedor le dirá: “No sólo vendo biblias. Puedo mostrarle un libro sagrado que tal vez le interese. Lo adquiriré en los confines de Bikanir.” (p. 68)

Cuando este hombre que visita al protagonista pone sobre la mesa el libro mágico, se trataba de un volumen en octavo, encuadernado en tela en cuyo lomo decía *Holy Writ* y abajo *Bombay*.

El primer contacto con el libro misterioso lo tiene el protagonista cuando lo abre al azar y descubre lo siguiente:

1. Los caracteres le resultaban extraños.
2. Con páginas gastadas y de pobre tipografía.
3. Impresas a dos columnas a la manera de una biblia.
4. El texto era apretado y estaba ordenado en versículos.
5. En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas.
6. Un dato mágico o misterioso al menos: “Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999”. (p. 69).

7. Al voltear la hoja descubre que el dorso estaba numerado con ocho cifras.
8. Llevaba dibujada un ancla como si fuese la tarea de la torpe mano de un niño.

En estos datos que aquí aparecen consignados llaman la atención tres en particular: 1) La semejanza con el texto bíblico –impresas a dos columnas, ordenado en versículos–; 2) La numeración de las páginas es completamente irregular; 3) Esa ancla dibujada a la pluma y que no tiene contornos precisos, parece la labor de un niño y posee sin lugar a dudas un sentido simbólico.

Vayamos por partes. La semejanza con la Biblia acercaría dos volúmenes en donde uno de ellos es sagrado y el otro infinito; lo sagrado y lo infinito tienen en común el carácter secreto y, a través de ellos, el hombre de todas las épocas ha buscado la tranquilidad y la paz que Dios, el universo o la confluencia de elementos ocultos le pueden llegar a dar.

La cábala numérica se ve reflejada en la forma arbitraria en que en una página llevaba el número 40.514 y la siguiente, 999. Esta situación extraña confunde aún más al personaje y peor será cuando el desconocido visitante le advierta: “Mírala bien. Ya no la verás nunca más” (p. 69). La afirmación contenía la amenaza que implica enfrentarnos a lo desconocido, porque inclusive si llegáramos a abrir mil veces el libro, mil veces encontraríamos páginas diferentes. Es una curiosa manera de imaginar una sucesión infinita de números que nunca volverían a repetirse iguales a lo que antes habíamos visto.

El ancla se asocia con factores positivos y este hecho es muy importante para su simbología. Dice al respecto Jean Chevalier:

Masa pesada cuyo peso detiene al navío, el ancla se considera símbolo de firmeza, solidez, tranquilidad y fidelidad. En medio de la movilidad del mar y de los elementos, ella es lo que fija, ata, inmoviliza. Simboliza la parte estable de nuestro ser que nos permite guardar una calmada lucidez ante la oleada de sensaciones y sentimientos. [No obstante lo anterior, el autor agrega también]: En este sentido, puede ser también una barrera, un retardo, y eso es sin duda lo que significa cuando, ligada al delfín que es la rapidez

misma, aparece como ilustración de la divisa de Augusto: *Festina lente* (apresúrate lentamente). (Chevalier, 1995, 94)

Parecería ser una exhortación que le llega al eventual lector desde el libro de arena a través de la cual se le recuerda que todas las cosas en este mundo se alcanzan con paciencia y dedicación. Y más aún en este caso en donde el individuo que consulta al libro infinito se verá asaltado a cada momento por dudas profundas que no tan fácilmente logrará desentrañar.

Lo anterior se puede complementar con que en “Parapsicología y de acuerdo con la interpretación clásica de los sueños, soñar con un ancla representa un buen augurio”. (Palés, 2001, 165)

Cuando este ejemplar despierte en el personaje miedo y motive la sensación de querer alejarse de él, quedará demostrada la cobardía del individuo que no se atreve a buscar más allá de las sombras de lo arcano y prefiere deshacerse del volumen más que conservarlo para intentar entender.

Ahora bien, cuando el vendedor de biblias le advirtió *supra* que no podría retornar al mismo sitio del volumen que anteriormente había consultado, el protagonista no le cree y procede con cierta picardía prestando atención al lugar del libro en donde se hallaba en ese momento. Inmediatamente abre las páginas en donde cree que es el mismo sitio, pero, ¡oh sorpresa!, ya no encontró nada similar; ni siquiera estaba el ancla que por su condición de dibujo era lo más fácil de ubicar aunque fuera otro idioma. El ancla desaparece del libro infinito, pero queda el recuerdo de lo que representaba acorde con lo explicado antes.

A continuación, el protagonista aventura una interpretación de los hechos relacionados con el contenido exótico del volumen; pero inmediatamente el vendedor después de negar su aseveración, sigue hablando en voz baja como para confiar un secreto.

Llama la atención que el insólito visitante haya comprado el libro de arena a cambio de unas rupias y de la Biblia; porque precisamente es lo que hará con el protagonista cuando éste le entregue el monto de lo cobrado por la jubilación y la Biblia de Wiclif. Los hechos se repiten en una suerte de curioso devenir en donde todo parece ser igual cuando en realidad es tan sólo semejante.

Le aclara al personaje cuál es el nombre y la razón del nombre de ese ejemplar que está a punto de negociar con él: “Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin”. (Borges, 1989, 69)

Al respecto señala Lisa Block:

“El libro de arena” no es un cuento árabe [...] ni ocurre en el desierto aunque el desierto, sigiloso, esté ausente y presente a la vez. Si bien el cuento “El libro de arena” es un relato relativamente breve, refiere un libro infinito, como la arena del desierto, sin límites, o con bordes invisibles que lo extienden más allá del horizonte (Block de Behar, 1999, 170)

El aspecto mágico se resalta aún más cuando vendedor y cliente intentan encontrar la primera hoja. Cual libro fáustico se resiste y en lugar de esta primera hoja “siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano” (p. 69). Y agrega: “Era como si brotaran del libro”. De manera implícita se alude a una suerte de movimiento interminable de la arena cuando alguien intenta encontrar algo en ella: una delgada capa cubre a la otra y a la otra y a la otra. La arena y el agua tienen en común la característica de escurrirse entre los dedos de igual forma que este aluvión de hojas le impide hallar no sólo el principio, sino también el fin.

Hay una explicación del visitante para la numeración aparentemente caótica del volumen: “Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número”. (Borges, 1989, 69).

Y complementa lo anterior “como si pensara en voz alta”:

“Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo.” (Borges, 1989, 69). Por lo anterior, el cuarto piso de la calle Belgrano es un espacio meramente aparente que se halla circunscripto también en el marco de una proyección infinita. Y el tiempo, el tiempo del encuentro entre ambos así como también el tiempo que pretende encerrar y liberar a una vez el libro mágico, es imperecedero e inmortal. No se pueden medir ni el *cronos* ni el *topos*, y aunque se pretendiera hacerlo toparíamos con la barrera infranqueable de nuestra razón que al buscar fundamento se estará traicionando

a ella misma. No hay manera de explicar lo inexplicable; el único camino nos conduce a una especie de consuelo en donde el hombre se ve obligado a aceptar las limitaciones de su intelecto.

Cuando el protagonista se entera de que el libro de arena está destinado a él como único comprador consigue llegar a un acuerdo, como ya quedó consignado en este ensayo.

TERCERA PARTE. REFLEXIONES EN TORNO AL EXTRAÑO VOLUMEN

Quien narra ya está en poder del libro mágico y en seguida piensa qué lugar le hará ocupar en su biblioteca: “Opté al fin por esconderlo detrás de unos volúmenes descabalados de *Las mil y una noches*”. (Borges, 1989, 70)

El protagonista parece tener entre sus manos algo que lo quema; le preocupa la adquisición que ha hecho y esto sucede con comprensiva razón. Por un lado este libro tiene o debería tener un inapreciable valor y, por otro, su dueño no puede darse el lujo de dejarlo al alcance de cualquiera. Es tal el celo por la posesión de ese objeto que su misantropía se vuelve aún más radical. Se aparta de los hombres para entregarse a la custodia del libro de arena como si fuera un improvisado sacerdote de tan extraña y exótica religión.

Por esta y quizás muchas razones más lo oculta detrás del libro arábigo de la narración sin fin. Dice al respecto Lisa Block:

Dada la verosimilitud literaria, de esa verdad a medias de la escritura, prefiere ocultar –la verdad, el libro– detrás de otro libro que es ficción de ficciones (*Las mil y una noches*) [...], un volumen al que le faltan partes, aparentemente, “incompleto”. Ni la “cábala” es ajena a ese desorden que el adjetivo califica, ni las tradiciones de la lectura contradicen esa “recepción” dispersa. [...] Más que la parábola del desierto es la voz del desierto, la palabra se pierde en la palabra, no se diferencian, como tampoco se diferencian la palabra del libro. (Block de Behar, 1999, 170)

El juego intertextual es evidente: un libro oculta a otro que tiene características muy similares. Las constantes metadiégesis referidas por Sherezada en *Las mil y una noches* para salvar su vida proyectan la narración hacia lo interminable, hacia lo infinito.

Pero el personaje tiene presente en su conciencia la nueva realidad que el libro de arena ha traído a su mundo. En la madrugada de esa noche lo vuelve a hojear y en una de sus hojas ve grabada una máscara.

Al símbolo del ancla ya analizado se agrega ahora el de la máscara. Señala Chevalier tres tipos de máscaras que la tradición ha referido: la teatral, la carnavalesca y la funeraria (Chevalier, 1995, 695). Preferimos detenernos en la primera de ellas, porque es la que oculta el rostro del actor y genéricamente es la máscara que cada uno de nosotros lleva en sus diferentes presencias sociales: la máscara oculta al verdadero rostro y el libro de arena tiene una máscara que alude a este mismo hecho de esconder a la mirada de los no iniciados sus verdades. Y como si no fuera poco con el alcance de este símbolo queda determinado también que cuando el protagonista cierre esa página la máscara se perderá en el infinito como lo había hecho antes el ancla.

Y el personaje resulta prisionero del libro, prisionero de los misterios que el volumen ocultaba y mostraba al mismo tiempo en un imponderable juego de máscaras. Todos los experimentos que lleva a cabo el protagonista lo conducen al fracaso. Obsesionado con el libro que le han obligado a guardar en su casa llega a concebir como algo monstruoso lo que está sucediendo. Piensa primero en quemarlo, pero sintió miedo que la combustión de un libro infinito generara una llama infinita también.

Finalmente encuentra la solución para deshacerse del extraño amigo. Recordó haber leído alguna vez: "El mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque" (Borges, 1989:71) y acude a la Biblioteca Nacional en donde había trabajado antes de jubilarse. Entre los novecientos mil volúmenes deja abandonado en un anaquel al libro de los libros y ya no regresa nunca más a ese sitio; ni siquiera se atreve a pasar por la calle en donde descansa el libro sagrado.

El simbolismo del volumen oculto entre tantos volúmenes es múltiple; por un lado, refiere a la limitada idea de cantidad que otorga el acervo de la enorme Biblioteca, cantidad que resulta ridícula si nos detenemos a considerar la infinidad de temas, ideas, motivos y símbolos que el citado manual inmenso oculta en su

seno. En segundo término, nos podríamos imaginar la cara del primer individuo que llegue a consultar ese libro y que al no hallar ni lógica ni razón todavía se estará preguntando a qué noción demoníaca responde la presencia de un ejemplar de esta naturaleza. Y, por último, el libro que ha recorrido el mundo yace muerto y vivo en un anaquel de una biblioteca; parece ser éste el lugar más idóneo, pero en verdad es el sitio único en el que puede habitar sin inquietar conciencias ni atemorizar personalidades múltiples.

“El libro de arena” es un cuento fantástico que le demuestra al hombre que no está hecho para aceptar verdades que escapen a su limitada conciencia. El vendedor de biblias se deshizo de él al igual que lo llevó a cabo el protagonista de este relato: ninguno de los dos pudo hacerse cargo de la magia infinita que el texto sagrado ocultaba en su seno.

CONCLUSIONES

En el marco de algunas reflexiones finales insistimos en los elementos simbólicos que en su momento explicamos, así como también en la organización del cuento en torno a tres momentos perfectamente diferenciados.

El libro de arena se asocia con el misterio de la vida; no explica ninguna razón para creer, ni da facilidades al hombre para entregarse a la investigación de las facultades que este mismo libro poseía.

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland

1966 “Introduction à l’analyse structurale des recits”, *Communications*, No 8. Paris: Seuil.

Block de Behar, Lisa

1999 *Borges la pasión de una cita sin fin*. México: Siglo XXI.

Borges, Jorge Luis

1989 “El libro de arena” en *Obras completas, volumen II*. Buenos Aires: Emecé.

Bulacio, Cristina

2003 *Los escándalos de la razón en Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Editorial Victoria Ocampo.

Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain

1995 *Diccionario de los símbolos*, versión castellana de Silvar y Rodríguez, 5ª edición. Barcelona: Herder.

Greimas, Algirdas

1978 "El contrato de veridicción", en Prada Oropeza (ed.) *Lingüística y Literatura*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

Palés, Marisol (directora editorial)

2001 *Diccionario de ciencias ocultas*. Madrid: Espasa Calpe.

PALABRAS CLAVE DEL ARTÍCULO Y DATOS DEL AUTOR

misterio, Libro de Arena, búsqueda, perplejidad, infinito

Luis Quintana Tejera

Facultad de Humanidades de la UAEM

Posgrado

Instituto Literario N° 100, colonia Centro

CP 50000 Toluca, México

Teléfono: (722) 2785102

Fax: (722) 2784704

Cel: (722) 2641340

e mail: qluis11@hotmail.com